

La Ilusión vive arriba



Kenshinkan dôjô 2015

*Para Jesús, Juan Antonio, Manuel, Antonio y Javi,
supervivientes únicos de las azoteas,
por subir allá arriba durante años,
y ser capaces de generar una "Gran Ilusión".*

Siendo muy joven sostuve una comunicación por carta con uno de los primeros *Shifu* que llegaron a nuestro país: Wong Ping Pui. El maestro me proponía marchar a Barcelona a estudiar con él, si aquel interés que yo mostraba por aprender era tan real como sostenía en mis escritos. Imposible tarea para un joven de catorce años, estudiante y residente a mil kilómetros de distancia de la Capital Condal. No obstante, Wong Ping Pui contestó a todas y cada una de mis cartas, enviándome, también, varias fotografías que han sido y son para mí un auténtico tesoro.

Además del valor sentimental que tienen, lo más característico de estas viejas instantáneas es que todas ellas fueron tomadas en el interior de azoteas, salvo una, tomada a orillas del mar.

En efecto, una de estas reliquias -la más espectacular- mostraba al maestro en el movimiento de un *kuen (kata)* de lanza (*Jian* o *Qiang*). El *Shifu* sujetaba por un extremo el arma -al modo del *Yarijutsu* japonés- y atacaba a las extremidades de su adversario.

Otras, menos atractivas, pero igualmente singulares, lo situaban realizando *kuen* en distintas posiciones, trabajando con manos vacías o acompañándose con armas.

Aquellas fotografías situaban el Arte Marcial que practicaba *Shifú* Wong Ping Pui (*Hung Gar Kuen* Kung Fu) en el que era -junto al *kwon (dôjô)*- su medio ambiente más natural: los espacios de habitabilidad cotidianos, es decir: patios, jardines, garajes y, desde luego, azoteas.

También en Badajoz, a mediados de los años setenta, cuando aún no existían Escuelas de Artes Marciales, los muchachos nos reuníamos en las azoteas para practicar nuestro Arte Marcial.

Una de ellas, la más insigne para mí, la más deseada, la más sacralizada de todas, era la que estaba situada en los altos de la casa de mis padres. Sí. Arriba, siempre

arriba, para ver desde allí el panorama de nuestro mundo, para sentirnos fuera de la normalidad, para escapar de la rutina, para anudarnos a la mística, al exotismo, a la magia, a ese mundo atemporal que eran las Artes Marciales que entonces comenzábamos a descubrir. En efecto, allá arriba vivía la “*Gran Ilusión*” del Budô.

Aquel que fuera mi primer dôjô estaba limitado a una superficie de unos diez metros cuadrados, un espacio que contuvo, siempre, un pequeño arsenal de *hojo undo*: saco pequeño, saco pesado, *makiage*, mancuernas, tensores, un pequeño *makiwara* de pared, etc.

Durante el curso escolar, practicábamos a primera hora de la mañana, antes del ir al instituto; los viernes por las tardes lo hacíamos una vez finalizada la última jornada de estudio; los fines de semana no tenían horario.

Después, vinieron otras azoteas, una de ellas era también hogar de palomas, gallinas, conejos, perros y gatos. En un apartado de aquel luminoso pero humildísimo recinto existía una habitación reservada a los hurones, animales muy peligrosos por tener una mordida precisa y profunda que estaban siempre dispuestos para la caza del fin de semana. Los viernes por las tardes, después de las clases, allí nos reuníamos. Guardábamos los animales, colocábamos el suelo de cartón acolchado, cubierto con tela de toldo verde cosida, disponíamos nuestro material y practicábamos el viejo Karate que ya tanto amábamos.

Con los años me he preguntado cómo era posible que en cuatro metros cuadrados pudiéramos haber practicado cuatro o seis chicos sin queja alguna, sin demora, con el espíritu firme, la alegría permanente y la emoción fuera de duda. Aquel fue otro lugar de Ilusión.

Como las circunstancias nos obligaban a cambiar para no insistir mucho en la misma azotea, nos trasladábamos por temporadas de una a otra. Así, recorrimos las azoteas del Casco Antiguo de Badajoz, las cercanas al Río Guadiana, otras más alejadas, en los barrios periféricos, para volver, siempre, a la primera, a aquella que había sido el origen de mi “*Gran Ilusión*”, donde el grupo se sostuvo durante cinco o seis años.

Recuerdo una publicación de la Revista “*El Budoka*” en la que se exponía una fotografía reveladora en el contexto que hablamos. En aquel viejo “*Club de Lectores*” que formara José María Prat (también practicante de *Hung Gar Kuen* y alumno del *Shifû* Wong Ping Pui) aparecía un karateka de nuestra Ciudad realizando un movimiento de su Arte Marcial y, claro, la instantánea se tomó no en otro lugar que una azotea. La imagen, frente al actual “*Parque de los Cañones*” de Badajoz (antiguo “*Salto de Caballo*”) la guardo en mi archivo, no solo por ser un indicativo de un tiempo de Ilusión compartida, sino por resultar, también, absolutamente auténtica.

Podría citar otras azoteas, más alejadas en el espacio, me trasladaría a la vieja India, rememorando los *keikô* (entrenamientos) sostenidos en la azotea del Castillo de Naggar, a los pies de la casa del Maestro Roerich, en el valle de Kulu Manali, en Himachal Pradesh, donde, cada mañana, practicábamos *Tai Chi* y *Karate* antes de dirigirnos, directos, a por el *applestrudel*.

En la azotea de su casa de Benarés, junto al Ganges, mantenía su sede una Escuela de *Banethi* (Arte Marcial de India del norte). El heredero de esa vieja tradición de Uttar Pradesh, un joven gurú enseñaba con pasión su Arte Marcial en la azotea de la casa familiar. Durante los días y noches que estuvimos practicando junto a él nos reuníamos en lo alto de la vivienda familiar, donde también residían sus maestros –padre y abuelo. La azotea era punto de encuentro para todos sus alumnos y un auténtico “*Hombu dôjô*” para esta Escuela de Artes Marciales Indias del siglo XVIII.

Después, en el Hokkaido natal de Sugawara *Sensei*, sostuve una de las anécdotas más curiosas de todas las que me han acontecido en mi vida de budoka. Ésta se desarrolló, también, en una terraza.

Era la Navidad del año 1999, se aproximaba el cambio de milenio y el *Sensei* me había invitado a pasar aquella fecha tan singular en Hokkaido, junto a su familia. Durante una semana, Sugawara *Sensei* estuvo enseñándome *Katori Shinto ryû* en la terraza de la casa de un vecino. Al no estar éste residiendo allí, nuestra práctica se desarrollaba sin previo aviso. Una mañana, mientras estudiábamos *Shichijo no tachi*, apareció el inquilino y cual no fue la sorpresa que se trataba de un importante “*yakuza*”: un miembro de la mafia japonesa.

La hermana de Sugawara *Sensei*, vecina de este señor, intercedió sobre lo acontecido y la diplomacia de mi maestro, hizo el resto. El “*yakuza*” permitió que continuara nuestro entrenamiento en el interior de su propiedad, quedándose allí, mirando tranquilo, observando cómo un maestro de Bujutsu japonés enseñaba a un español los secretos de un Arte Marcial centenario, y esto, claro, en el interior de una terraza del nevado y alejado Hokkaido.

Han pasado cuarenta años desde los primeros momentos en los que subíamos a la vieja terraza y yo, de tiempo en tiempo, he continuado haciéndolo, pero ahora, sólo, para sentarme, para dejarme envolver por el recuerdo de aquel pasado, para cerrar los ojos y descubrirme de nuevo allí, rodeado de un puñado de almas gemelas capaces, todas, de encontrar la “*Gran Ilusión*” en una humilde azotea.

Kenshinkan dôjô 2015